



UN DRAMA DE RENÁN

LE PRETRE DE NEMI.—*Drame philosophique.*

I

ERNESTO Renán, entre las personas supersticiosas de España y las que fingen que lo son, pasa por una especie de encarnación del diablo; se cree que es un renegado de mala índole que persigue á Jesús con una especie de rencor de apóstata, con un odio personal. No saben los fanáticos, y fingen no saber los que los gufan, que Renán es un gran talento consagrado á la ciencia, un gran artista de la palabra y un pensador que burla burlando, y entre antítesis y hasta paradojas, sabe penetrar en el alma y observar con original criterio la misteriosa urdimbre de la vida.

No se dice todo con decir que en filosofía es un *dilettante*; sí lo es, pero no como uno de esos espíritus de segundo orden que aparentan una profundidad que

no tienen, merced á ciertos espejismos del estilo y de lo que llaman los franceses *esprit*, elevado á muy alta potencia. Renán es también todo eso, pero es algo más; es, repito, pensador original y serio.

La fama que tiene en su patria y en todo el mundo civilizado, no se parece á la que han querido achacarle los teólogos de escalera abajo, los malos sacerdotes y los fanáticos vulgares.

Su *Historia de los orígenes del Cristianismo*, que consta de siete volúmenes, es uno de los trabajos más serios y completos de la moderna ciencia arqueológica ó filológica (en el sentido exacto de la palabra) (1); y en lingüística, es el autor de la *Historia general de las lenguas semíticas* la primera figura de la Francia contemporánea. A otros filólogos, tan sabios como él acaso, les lleva la ventaja de ser además un filósofo y un artista, y así puede juntar á una gran sabiduría las especiales dotes de pensador y poeta que brillan en obras como *Averroes y el Averroísmo*, *El libro de Job*, comentado, *El Cantar de los Cantares*, comentado también, y otros trabajos por el estilo.

Pero hay varios libros de Renán en que el arte no entra como un ingrediente oportuno, sino como principal elemento, ó por lo menos con igual importancia que el propósito filosófico ó histórico.

(1) En el sentido en que emplea la palabra «filología» Otfried Muller, por ejemplo, y en el que emplea el adjetivo «arqueológico» Taine.

Aun para aquéllos que no quieran ó no puedan ver en Renán al sabio historiador y lingüista, es un eminente autor y pasa por el primer estilista de Francia en estos días, gracias á esas obras poético-filosóficas.

Decía, con razón, un crítico que en España no se escribe más que poesía lírica, ó comedias ó novelas, y que en Francia autores como Quinet, Michelet y Renán producían obras literarias de singular factura, que sin ser novelas ni poemas, ni comedias, ni poesía lírica tenían su clasificación propia en el arte. Y recordaba el crítico que libro de esta índole, de importancia á lo menos, ninguno se podía citar desde los *Recuerdos de Italia*, de Castelar, á la fecha, en nuestra patria.

Pues bien: Renán es acaso el escritor más eminente de cuantos cultivan el arte literario con estas formas mixtas, tan propias del estado actual de la cultura. La novela, que tiene tan ancho campo, pues llega á abarcar obras como *Bouvard et Pecuchet*, necesita cierta acción, en que el interés primero, inmediato, sea el aparente, el que sirve de objeto al artista, y por esto ciertos asuntos no caben en la novela sin desnaturalizarla. Renán no ha escrito novelas, á pesar de ser tan idealista como se proclamó él mismo en ocasión solemne, comprendiendo, sin duda, que el simbolismo esencial de los personajes que él necesitaba no daría argumento jamás para una acción verosímil y el interés propiamente humano. Por lo cual ha preferido siempre, hasta ahora, la forma que immortalizaron Platón y Luciano, dándole

unas veces su nombre propio, el de diálogo, y otras el de drama, pero sin pretender jamás escribir un drama escénico, ó drama de teatro.

Así, á los *Diálogos filosóficos* siguen *Caliban* y *L'Eau de Jouvence*, dramas filosóficos, y después de los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, en que se aproxima más á la novela autobiográfica y á la narración naturalista (como, v. gr., en el precioso episodio titulado: *Le broyeur de lin*) viene este *Prêtre de Nemi*, otro drama filosófico, que más bien pudiera llamarse diálogo dramático.

No es popular Renán en España, como artista de la palabra; los unos no ven en él otra cosa, para bien ó para mal, que el autor de la *Vida de Jesús*; se necesita acercarse á la aristocracia del gusto para encontrar un don Juan Valera que elogia con entusiasmo el estilo del insigne escritor francés (en la *Metafísica á la ligera*, cartas á Campoamor) y para encontrar un Castelar que ostenta en su librería lujosamente encuadernadas (y leídas á menudo) las obras completas de Renán, del que se manifiesta admirador como de pocos.

Algunos sabios por boca de ganso han repetido entre nosotros, en revistas y ateneos, que Ernesto Renán era un imitador de Strauss, que de los libros históricos de éste había sacado lo esencial de los suyos, lo más importante de cuanto se refiere al caudal de datos históricos y de crítica. Es esta una calumnia grosera; Renán, no sólo no necesita imitar ni copiar á Strauss, sino que en muchas cualidades, las que atañen á la elevación y

delicadeza de espíritu, le lleva notable ventaja. Strauss, al atacar creencias arraigadas, lastima más al paciente; no se le niega la condición de buen cirujano, pero maneja los instrumentos del oficio con una maestría puramente técnica, despiadada; no piensa en el dolor del operado, sino en el resultado de la operación; no aplica al paciente el cloroformo del arte, y sucede con él como con otros muchos librepensadores modernos que parecen gozan en el dolor de las almas á quien hacen las operaciones de la *fe ciega*; no se les mira con cariño, aunque se les dé la razón y se les reconozca la buena fe y el justo título (1).

En cuanto á Renán, no es el hipócrita que aparece en la estereotipia de los sermones de aldea, ni tampoco el *jongleur* filósofo que nos quieren pintar algunos pensadores demasiado serios y demasiado sombríos.

Sea lo que quiera de las ideas, de la realidad, de la historia, de los destinos del hombre, agrada ser agradable, es una dulzura ser bueno, amable, saber sonreír, saber llorar; sentir también y con tanta fuerza como manda la lógica del idealismo más convencido de sus óptimas ilusiones.

Esto opina Renán, y así lo exige su carácter, tal vez su temperamento, tal vez su misma historia.

Y además, piensa: ¿quién sabe? el mal parece inago-

(1) Véase, por ejemplo, el prólogo de Strauss en su *Vida de Jesús*, y compárese con la introducción de *Los Apóstoles*, de Renán.

table, pero acaso no lo sea. Tal vez lo último no es el error, la nada, el absurdo.

Y al fin, Renán, como todos los hombres de buena voluntad, sean de las opiniones que sean, acaba por representar el papel de *Segismundo*, y por decirse:

Obrar bien es lo que importa.

No dirá: *para cuando despertemos*; pero sí: *por si despertamos*.

El autor de *Le Prêtre de Nemi* parece poco formal á otros pensadores porque piensa alto todo lo que piensa, no sólo aquello que entra en las casillas del sistema preferido. Y además, como es artista, al *pensar alto* habla para mucha gente.

A Renán lo entienden más hombres que á otros filósofos, porque además de pensador es poeta.

Lleguemos ya á su drama.

II

Acompaña al último libro del ilustre escritor francés un prefacio, que no es parte de la obra misma, como suelen serlo los prólogos de tragedias y comedias, aunque viene representando funciones parecidas á las de éstos.

El prefacio de *El Sacerdote de Nemi* es de lo más sustancioso del libro. Renán se encuentra en la necesidad, muy frecuente en estos tiempos de crítica al minuto,

de explicar á los mismos censores de su obra el propósito y los procedimientos artísticos que ellos han desconocido y truncado.

Al autor de uno de estos libros de *segundas intenciones*, como los llama recientemente Campoamor en sus *Humoradas*, le molesta, más que la censura fría y hasta despiadada, la falta de inteligencia del crítico. No ser comprendido lastima más que ser insultado. Siempre ha habido críticos malos, críticos ignorantes, de poco gusto, de cortos alcances; pero ahora lo que llaman algunos el *modernismo en la prensa* (que artículo aparte merece) ha puesto de moda al crítico sin pizca de formalidad, al crítico *répporteur*, que se va muy temprano á casa del autor á sorprenderle afeitándose ó dejándose afeitar, y á sonsacarle (además de verle en mangas de camisa) lo más íntimo de su conciencia, su última idea sobre Dios, sobre el mundo, y sobre todo lo alto y sobre todo lo bajo. Este procedimiento podrá darnos buenos resultados aplicado á una bailarina y aun á un político de esos que les andan contando á las esquinas los misterios de su política maquiavélica y sutil; pero tratándose de verdaderas personas serias, como son los escritores que valen algo, semejantes confidencias reveladas por los correveidiles del modernismo suelen tener malas consecuencias. Tales periodistas sabrán describir bien, si acaso, la habitación en que los recibió su interlocutor, los muebles que allí había, hasta la tortilla que el personaje estaba almorzando; pero al llegar

á las ideas comienzan á no entender y dicen uno por otro y sirven al público un escritor falsificado, mucho más vulgar que el que se queda en casa en paños menores. Renán ha sido esta vez, como otras, víctima de los periodistas ingeniosos y casquivanos que saben las cosas antes de enterarse de ellas, y de los errores en que han incurrido con motivo de su drama esta clase de críticos, y otros que, aunque más parsimoniosos, no ven más claro, es de lo que defiende su obra.

Lo más profundo que había visto en ella algún revisero de París, era el doble fondo que le suponía de alusiones políticas á los personajes de la República francesa y á la rivalidad de Alemania y Francia. Ya entre nosotros un escritor notable, residente en París, Pompeyo Gener, rectificó este error haciendo ver que no era éste, que no podía ser este el *fondo del fondo* del drama de Renán. Yo creo lo mismo, sin que niegue que el pensamiento del autor pueda haber experimentado esta especie de bifurcación que todo el que se haya consagrado á trabajos por el estilo recordará haberle ocurrido en sus ideas representativas alguna vez. Este género de espejismo de los símbolos es frecuente, y ahí está la Biblia, por ejemplo, ofreciendo á los bien intencionados intérpretes multitud de sentidos en sus figuras. Es posible, tal vez probable, que la situación política y moral de Francia y sus relaciones con Alemania hayan surgido por asociación de ideas ante la imaginación de Renan, según éste fabricaba su drama,

fundado en más generales propósitos, y es posible que en adelante, reflexivamente, el autor se haya propuesto dar á algunas de las referencias de su obra este doble alcance filosófico, universal y de actualidad en cierto modo maliciosa; pero no podría asegurarse que tuviese en la mayor parte de las escenas presente esta intención de interés puramente nacional, pues lo mismo que puede aplicarse el simbolismo del drama á la vida política actual de los franceses, puede referirse á la de épocas anteriores, y á la de otros países, á la de España, por ejemplo.

Lo que importa tener por cierto es que *Le Prêtre de Nemi* no es una lección indirecta á los franceses que no piensan en política como Renán, y nada más que esto; si así fuera, como han venido á indicar algunos críticos, se trataría de una obra de ingenio malicioso, de una alegoría picaresca, tal como las suelen publicar en el *Figaro* (aunque mejor escrita, es claro), *Caliban*, —ó sea Bergerat, Ignotus y el mismo Alberto Millaud. Es claro que no ha faltado en Francia quien diese más valor y alcance que todo eso al libro de que trato; así, entre otros, M. Paul Bourget, ilustre ya, aunque joven, como novelista, psicólogo y crítico, vió algo más que pudo ver A. Vitu en *Le Prêtre de Nemi* y refirió esta obra al movimiento actual del espíritu literario, especialmente el francés. Y este es el camino para analizar con algún provecho este drama filosófico.—La tendencia actual de las letras francesas, en lo que tienen de

más fuerte, espontáneo y propiamente moderno, es el pesimismo, por supuesto con muy distintos matices. Abarca esta tendencia—con este nombre poco exacto y á veces poco justo—á los que á sí propios se llaman *decadentistas*, entre los cuales hay grandes talentos, y en medio de cierto amaneramiento confesado, indudable sinceridad en algunos; abarca el pesimismo determinista y sistemático de Zola, cosa mucho más grande y tal vez fecunda de lo que se piensa, y abarca también en cierto modo al mismo Paul Bourget y al mismo Renán. ¿Cómo comprende el pesimismo á éste? ¿Hasta qué punto puede ser propia la palabra *pesimismo*, tratándose de *Le Prêtre de Nemi* y de su autor? Investigar esto será el principal objeto de todo mi trabajo; y para ello servirá en gran parte el prefacio que ha puesto Renán á su libro (1).

Es claro que contra esta tendencia del espíritu francés literario actual protestan multitud de escritores, muchos malos, gacetilleros los más, algunos medianos, y dos ó tres buenos. No es en nombre de una filosofía superior al pesimismo (que debe de haberla), como se le ataca, sino con chistes y frases hechas, desdeñes de club aristocrático ó de sanhedrín literario, y sobre todo con la famosa *alegría de los galos*, con el *franc rire des gaulois*, que aunque fuese un argumento, ya habría dejado de serlo, á fuerza de gastado.—¿Dónde está esa ri-

(1) Es notable el estudio psicológico de P. Bourget acerca de Renán. Yo no lo había leído cuando escribí este artículo.

sa nacional?—pregunta con justa duda Paul Bourget.—Peregrina razón es, de todos modos, para que un hombre se ría y encuentre el mundo bueno, ó por lo menos digno de risa, el ejemplo de antiguas generaciones que se rieron del mundo. ¿Tenéis dudas, tenéis penas, morís de incertidumbre? No importa, reid, que así lo hicieron vuestros abuelos. ¡Absurdo! Decretar la alegría patriótica, es una broma excesiva; no puede llegar la patriotería más lejos. Todo eso es artificial. En cambio, acaso el espíritu francés (y el de otros pueblos) gane mucho para lo porvenir dejándose caer en esa tristeza reflexiva, lo cual no es al cabo más que dejarse caer en el fondo del alma; y si está de Dios que haya esa restauración del ánimo y de las ideas porque tanto suspiran muchos, con razón acaso, no hay otro camino para llegar á ella que el que siguen, aunque sea sin tal propósito, las almas francas y nobles que declaran triste la vida actual, y que confiesan que este mundo abuhardillado, sin más cielo que un cielo de raso hecho por albañiles como Comte, Spencer (1), Haeckel, etc., no les seduce, como á esos señores sabios *positivos y prácticos* que viven tan satisfechos, seguros de no dar cabezadas contra el techo de cal y canto de esta miserable casa de vecindad, porque jamás tendrán el antojo de volar, ni siquiera de dar un salto. Encerrad á una

(1) Después del libro de Spencer sobre el elemento eclesiástico en la sociología, no se puede decir que esté bien colocado entre Comte y Haeckel.

golondrina y á un ratón en una despensa bien provista de alimentos que roer. El ratón será un optimista prudentísimo y le dirá á la golondrina, que no hace más que quejarse:—¡Chist!... no se te puede sufrir; eres una pesimista bien sosa. ¿Dónde está la *alegría gala*? (si el ratón es español, podrá decir la *gracia andaluza*.) Me aburre tu amaneramiento. ¿Qué echas de menos? ¿El aire? ¿La luz? Tonterías: aquí se ve lo suficiente para dar con los manjares; y en cuanto á respirar... nos sobra casi todo el aire. Cría dientes, cría dientes y córtate las alas, y tú encontrarás al cabo en esta despensa el mejor de los mundos posibles.

El discurso de mi ratón es el resumen de los argumentos que sus congéneres emplean contra lo que se llama, por acabar pronto, el pesimismo.

El libro de Renán es la contestación que pudiera dar al ratoncillo la golondrina empeñada en no perder la esperanza de salir de la despensa, que cada día encuentra más abominable.

Ya ve el lector que esto es algo más importante que hacer caricaturas en prosa de oportunistas y radicales.

III

Así empieza el prefacio del drama: «He querido en esta obra exponer un pensamiento análogo al del mesianismo hebreo, es decir, *la fe en el triunfo definitivo* del progreso religioso y moral, á pesar de las victorias repetidas de la necedad y del mal.» Bueno es tomar acta

de esta declaración explícita, concisa y sencilla que encabeza el libro, para no perder después el hilo de los propósitos del autor al penetrar en el *laberinto*, que tal parece á muchos, de sus antítesis y dobles puntos de vista, de su armonismo panorámico que á muchos se les antoja sofistería, humorismo, alardes de un ingenio escéptico en el fondo. No, no hay tal; no es incoercible la idea de Renán, ni son burlas sus aparentes paradojas. Es preciso atenerse á lo que declara explícita y sencillamente cuando expone sus propósitos, y no, como han hecho algunos, atribuirle las ideas que pone en labios de tal ó cual personaje que representa una teoría, una pasión, un error ó un vicio determinado. Cuando el prologuista se retira de la escena y hablan las figuras que inventó, ya no se trata del subjetivismo del autor, sino de la sucesiva aparición artística de las ideas encarnadas en diferentes clases, oficios, caracteres y temperamentos; y entonces es injusto atribuirle al artista los pensamientos y la voluntad que manifiestan sus criaturas; tanto valdría hacer á Dios responsable de los crímenes y de las necedades de los hombres. Y á pesar de ser esto tan conforme con la sana razón, hubo quien dijo que Renán defendía la cobardía y se burlaba del valor, porque un miserable que figura en su drama habla en este sentido.

Renán no es como aquel Cristolao y aquel Carneades que venían de Grecia á Roma á defender alternativamente el vicio y la virtud, la verdad y el error, to-